

de la vida son los que nunca perecerán: todo lo que únicamente depende del mundo pasará con el mundo: vos solo, ó Dios mio! permanecereis eternamente: feliz, pues, el hombre que en nada pone su afecto sino en vos, que no ama sino lo que ha de ser siempre amado, que no quiere gozar sino de lo que puede poseer para siempre, que no confia sino en lo que nunca puede faltar, *que no ha recibido en vano su alma*, (a) que no vive entregado al acaso, y así de los dias de su vida mortal se vá formando insensiblemente el dia de su eternidad. Amen.

(a) *Psalm. 23. v. 4.*

ORA-

ORACION FUNEBRE

DEL SERENISIMO SEÑOR

LUIS DELFIN DE FRANCIA.

PREDICADA EN LA SANTA

Capilla de París.

Erunt accepta opera mea... & ero dignus sedium Patris mei.

Seré digno del agrado de mi pueblo, por la benignidad de mis procederes; y de ocupar el trono de mi Padre.

Sap. 9. v. 12.

DE este modo juzgaban los Grandes y el pueblo. Esto era lo que esperaban del *MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE LUIS DELFIN DE FRANCIA*. Nuestros juicios eran arreglados, no se fundaban ni en el interés, ni en la adulacion, ni en el temor, sino solamente en el amor; nuestras esperanzas eran bien fundadas; lo presente nos aseguraba de lo por venir, y la afabilidad y agrado que habiamos visto en su vida privada, nos descubria ya anticipadamente la historia de su reynado.

Pero, ¡ó Dios mio! Vos nos le disteis, y vos nos le quitasteis: le concedisteis á nuestros ruegos, y le habeis negado á nuestras culpas; le criasteis para felicidad de la Francia, y nos le quitais para castigarnos con su pérdida: nos quitais arrebatadamente lo que nos era tan

Tomo VIII.

P

ama-

amable; su vida ha pasado como una nube, (a) su muerte confunde nuestros juicios, y arruina nuestras esperanzas, ¿pero mudará acaso nuestro corazón?

¿Qué mas plagas puede Dios reservar en los tesoros de su indignacion para instruir y castigar á los hombres, que estas que envía á su pueblo? *Nosotros esperabamos la paz, (b) el Rey sacrificaba su gloria, sus intereses, y su amor á nuestro deseo, era pacífico con los que aborrecian la paz, (c) está se aparta de nosotros, y vuelve el furor y la guerra; nuestros campos han estado gimiendo con una larga esterilidad; la enfermedad y la muerte han derramado el luto en nuestras ciudades, hemos visto caer hasta los mismos cedros del libano, todavia está llorando la Francia tres Príncipes de la sangre real, arrebatados en casi el corto tiempo de un año, á sus augustos hijos, y á sus afligidas esposas; y al mismo tiempo que tributabamos los lúgubres y religiosos respetos á su memoria, os hemos anunciado los juicios del Señor, y la vanidad de las cosas humanas; finalmente, hasta el mismo hijo y heredero acaba de ser herido, los castigos de Dios se van aumentando al paso que se aumentan nuestros delitos. ¿Cuándo detendremos, católicos, el brazo que está levantado sobre nosotros?*

El pueblo infiel se ensoberbece con sus felicidades; canta cánticos de alegría y de victoria; y la Francia, la porcion mas pura de la Iglesia, la region de la verdad y de la luz, una nacion escogida, y cuyo Rey, que es según el corazón de Dios, ha arruinado todos los altos lugares, y todos los Altares estraños; la Francia, vuelvo á decir, llora; se vé privada de su Príncipe, y parece que el Señor se ha olvidado de sus antiguas misericordias.

¿Qué

(a) Job. 36. v. 15. (b) Jerem. 14. v. 19.

(c) Psalm. 19. v. 7.

¿Qué es lo que hemos hecho? ¿Cómo han sucedido estas desgracias en Israel? Nosotros hemos abandonado al Señor, y el Señor nos ha castigado; no nos hemos vuelto á su Magestad en nuestra afliccion, y el Príncipe ha sido arrebatado de en medio de su pueblo. ¿Nos ha de estar Dios siempre castigando en vano, católicos? Sus golpes son inútiles, si al mismo tiempo que nos afligen no nos enmiendan, ¿qué tendrá dispuesto el Señor para nosotros, si esta última desgracia nos es una leccion infructuosa!

¿Es posible que hemos de venir todos los días á estas pompas lúgubres con el estilo del dolor, para no esperar de los que nos escuchan mas que, como de aquellos niños del Evangelio, unas lágrimas que solo sirven de juguete ó de diversion pueril? Hemos de convertir en un puro espectáculo nuestras propias desgracias? La leccion mas terrible de la fé, ¿no ha de ser para nosotros mas que una vana ceremonia?

¿Son aún los mismos nuestros juicios y nuestras esperanzas de las cosas de la tierra, á vista de ese sepulcro en donde toda la grandeza humana se vé reducida á polvo y ceniza?

La muerte nos arrebató un Príncipe benigno y afable; nosotros le mirabamos como digno del trono de sus antepasados, esperábamos gozar con él unos días felices y pacíficos, pues este es el motivo de nuestras lágrimas; la muerte confunde nuestros juicios y nuestras esperanzas, pero no muda nuestros corazones, y esto será el motivo de nuestra instruccion.

Hagamos, señores, que nuestro dolor nos sea útil; juntemos las reflexiones de la fé con las lágrimas de la naturaleza y del afecto, y al mismo tiempo que ofrecemos las oraciones de la Iglesia, y el sacrificio de expiacion por esas amadas y augustas cenizas, desengañémonos del error de nuestros juicios, y de la vanidad de nuestras esperanzas; esto es, pensemos por último, que nada

son todas las cosas perecederas, y solamente miraremos como dignas de nuestra esperanza las inmortales.

PRIMERA PARTE.

Todos los días están usando los hombres del idioma de la fé y de la verdad para hablar de la nada de las cosas humanas, sin que por eso dexen de seguir los caminos de la vanidad y de la mentira; continuamente estamos diciendo que el mundo es nada, y con todo eso solamente vivimos para el mundo; somos sabios en los discursos, pero muy necios en las obras: somos filósofos en la inutilidad de las conversaciones, pero ignorantes en nuestros procederés; somos muy eloquentes para declamar contra el mundo, sin que por eso dexemos de amarle cada vez mas: doblamos la rodilla con la multitud delante del ídolo que poco antes habíamos pisado; y poco tiempo despues de haberle despreciado le volvemos á tributar nuevos sacrificios.

Lo que parece grande á la vista del mundo, siempre es grande para nuestra estimacion. Lo que el mundo llama felicidad es la única dicha á que nuestro corazon aspira; y lo que el mundo pondera es la única gloria que nos mueve. Abramos por último los ojos, y confunda esta triste y religiosa ceremonia la vanidad de nuestros juicios, sacándonos del error de los sentidos á las luces de la fé.

Quanto el mundo tiene en sí de grande parece se hallaba junto en el Príncipe que lloramos: Un nacimiento que hace sombra á todas las genealogías del universo; un nombre superior á todos los demás nombres; una sangre que trae su primer origen desde el trono, y que há tantos siglos corre sin interrupcion por las venas de tantos Soberanos; una casa augusta que vió nacer á todas las demás, que dió principio á nuestras historias, que cuenta entre sus títulos propios todos los monumentos que tenemos de los mas remotos reynados; y que siendo la única que permanece desde el principio entre las ruinas de

de tantas casas Soberanas que han perecido, parece que como en la casa de Noé se deposita en ella toda la gloria de los pasados siglos, y de la primera alianza que hizo el Señor con nuestros Padres: *Testamenta sæculi posita sunt apud illum.* (a)

Este fué *LUIS DELFIN DE FRANCIA*, el hijo de tantos Reyes, el heredero de la gloria de tantos siglos, y añadid á esto, el hijo de Luis el Grande.

Los Pirineos acababan de ver finalizarse con un glorioso tratado una guerra aún mucho mas gloriosa para la Nacion: *Los Montes habian recibido la paz para el pueblo.* (b)

La España se consolaba de sus pérdidas, dando á *LUIS* una piadosa Princesa, que acababa de dividir con él su trono y sus victorias. La Francia, libre ya de las turbaciones inseparables de una menor edad, veia crecer con su Rey sus esperanzas y su gloria; veia nuestras tropas aguerridas con nuestras propias disensiones; los grandes Generales que se habian formado, y que peleando contra la misma patria se habian perfeccionado en el arte de defenderla; las rentas del Erario, restablecidas por el cuidado de un Ministro habil; la libertad mudada en moderacion; las antiguas máximas, que estaban casi olvidadas, restablecidas á su primer espíritu; las artes, que habian decaido con la debilidad del gobierno, adquiriendo baxo su direccion, su vigor y lustre; las letras, que se hallaban como desterradas con nuestras turbaciones y desgracias, restablecidas en su antiguo honor para publicar nuestras victorias; veia finalmente aquellos hombres singulares, cuyas obras durarán eternamente, y que hasta ahora solo se habian visto de siglo en siglo, de reynado en reynado, ser muy comunes, apresurándose á nacer todos juntos, por decirlo así, en un reynado tan glorioso.

El

(a) *Eccl.* 44. v. 19. (b) *Psalm.* 71. v. 3.

El Estado y el Rey, todo se hallaba en una juventud activa y floreciente.

En medio de tantas prosperidades concede Dios un Delfin á la Francia, que es el objeto de los públicos deseos, prenda de la felicidad de los pueblos, esperanza de la Monarquía, sagrado lazo de la sucesion real, é hijo de la gloria y de la magnificencia.

Con él se aumentan nuestras felicidades, sus días se cuentan por las victorias de un padre, siempre triunfante; cada estacion llega á poner á los pies de su real cuna trofeos y despojos; las maravillas se multiplican, la abundancia enriquece lo interior del reyno, al mismo tiempo que el valor dilata las fronteras. La magnificencia de los sitios Reales corresponde á la grandeza del Rey; en un instante salen del seno de la tierra, como por encanto, soberbios edificios, y lo que habia de ser obra de muchos siglos, lo es de pocos meses. La esterilidad de algunos lugares se convierte en adorno, y el Rey al volver de sus campañas, en donde dexa vencidos á su enemigos, se divierte en su propia casa en vencer á la naturaleza: Estos son los beneficios de Dios, de que nos estamos acordando; y si siempre los hubieramos mirado como tales, puede ser que todavia gozasemos de ellos.

Entretanto iba saliendo de su infancia el heredero de tanta grandeza; ya empezaba á manifestarse en él un natural feliz: las heroycas prendas del Rey, y la piedad de la Reyna formaban ya aquel conjunto de agrado y magestad, que fué siempre su principal distintivo, y aquellas felices disposiciones que no esperaban mas que el socorro de los Maestros.

¡Pero qué empresa tan ardua es, señores, el cuidado de formar la juventud de los Soberanos; el introducir en estas almas destinadas al trono las primeras semillas de la felicidad de los pueblos y de los imperios; el arreglar en tiempo las pasiones que no han de tener mas freno que la autoridad; el precaver los vicios, ó inspirar la virtudes que

que han de ser, por decirlo así, vicios ó virtudes del público; el hacerles ver que el principio de su grandeza se hallaba en la humanidad; el acostumbrarlos á que den á la verdad el lugar que siempre la usurpa la adulacion; el darlos á conocer que son grandes, y enseñarlos al mismo tiempo á que sepan olvidar su grandeza; el enseñarlos á que formen pensamientos elevados, manteniendo al mismo tiempo un corazon benigno; el guiarlos á la fama por el camino de la moderacion; el inclinar ácia la virtud unos afectos, que en todas partes han de hallar disposiciones para el vicio; en una palabra, el haber de formar soberanos y padres, grandes Reyes, y Reyes christianos! ¡Qué obra esta! ¡Pero qué sujetos no eligio para perfeccionarla la prudencia del Rey!

Uno (1) de una virtud sublime y rígida, de una probidad superior á nuestras costumbres, y de una veracidad que no pudo contrastar la Corte; filósofo sin ostentacion, christiano sin flaqueza, cortesano sin pasion, árbitro del buen gusto, y fiel observador de las atenciones políticas; enemigo del fingimiento, amigo y protector del mérito, zeloso de la gloria de la nacion, censor de la pública libertad; finalmente, uno de aquellos que mas parecen reliquias de las antiguas costumbres, que hombres de nuestro siglo.

Otro (2) de un ingenio vasto y feliz, de un candor que es siempre el distintivo de las almas grandes, y de los ingenios de primer orden, gloria de su Obispado, y eterno honor del Clero de Francia; un Obispo en medio de la Corte, un hombre dotado de todos los talentos y de todas las ciencias, el Doctor de todas las Iglesias, el terror de todas las sectas; el padre del siglo decimoséptimo, al que no faltó mas que haber nacido en los primeros

(1) *El Duque de Montausier.* (2) *Monseñor Bossuet, Obispo de Meaux.*

ros tiempos para haber sido luz de los Concilios, y alma de los padres congregados, para haber dictado Cánones, y presidido en Nicéa y Efeso.

¿Quién hubiera creído que estos dos hombres, tan únicos cada uno de ellos en su clase, podían hallar sucesores que despues de su muerte fuesen dignos de ocupar sus puestos, si los que despues de ella los sucedieron (1) en la educacion del Príncipe que habia de reynar, no nos hubieran enseñado que nunca son irreparables las pérdidas de la Francia.

Esto era lo que nos parecía tan grande; faltaban términos á la eloqüencia para publicar tantas maravillas; el amor multiplicaba los elogios; la política del siglo los hacia dignos de pasar hasta la mas remota posteridad. Los extrangeros venian desde las Islas mas distantes á mezclar con nosotros su admiracion y sus respetos; y qué sé yo si acaso por haberles manifestado con demasiada complacencia nuestros tesoros, y nuestra magnificencia, como aquel Rey de los judios á los Embiados de Babilonia, y por haber hecho un excesivo alarde de nuestra gloria, permitió Dios, que como á ellos nos fuesen quitados por algun tiempo.

Pero la triste ceremonia que aquí nos junta disipa la fantasma de grandeza que nos engañaba: Nada de lo que es perecedero puede ser grande: Esto no es mas que una decoracion de teatro: La muerte acaba con la escena, y con la representacion: Cada uno se despoja de la pompa del personage que representaba, y de la ficcion de sus títulos; y tanto el Soberano, como el esclavo vuelven á su nada, y á su primera baxeza. Solamente los dones de la gracia no perecen con nosotros; la muerte los asegura una eterna inmutabilidad; y al mismo tiempo que

(1) *El Duque de Beauvilliers, Monseñor de Fene-
lón, Obispo de Cambray.*

que toda la grandeza del mundo se precipita en el sepulcro, se desvanece y aniquila, al mismo tiempo una virtud obscura que nos unia á Dios, sale resplandeciente de nuestras cenizas, y lleva al justo como en triunfo al seno de la eternidad. Solamente los que os temen ¡oh Dios mio! serán grandes, porque solamente ellos lo son, y lo serán siempre en vuestra presencia: *Qui autem timent te, magni erunt apud te per omnia.* (a) ¡Falsa idea de la grandeza! tú solamente duras hasta la muerte, y con todo eso, siempre has sido y serás hasta el fin la mas engañosa ilusion de la vida humana.

¿Será acaso mas sólida la felicidad que acompaña á la grandeza? Digamoslo, Señores, y acabemos de desengañarnos: Si el mundo pudiera hacer felices, lo sería sin duda el Príncipe por quien oramos: El amor que el Rey le tenia se aumentaba al paso que se aumentaban los felices sucesos de su educacion: Este Monarca tan glorioso se mezclaba por sí mismo en los cuidados de aquellos grandes hombres á quienes le habia confiado; era como David, que al volver de sus victorias hacia llamar á su hijo Salomón para instruirle en las obligaciones del Reyno, y en las máximas de virtud y sabiduría; el amor de padre no es incompatible con la grandeza de heroe; y el avergonzarse de los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad, si fueran flaqueza de ánimo, es adornarse de una falsa grandeza, y manifestar al mismo tiempo que no se tiene la grandeza verdadera.

Crece en edad el Príncipe, y el afecto del Rey se muda en amistad; este hijo tan querido se hace un amigo fiel. Asocia el Rey al *SERENISIMO SEÑOR DELFIN* á los secretos del Gobierno, y á los mysterios de los consejos, de aquellos consejos impenetrables, en cuya sabiduría y secreto consistia entonces la fuerza y seguridad de la Mo-

nar-

(a) *Judith 10. v. 16. 19.*

narquía, y que eran el terror y admiracion de toda la Europa. El Rey deposita en su seno el peso de sus pensamientos, y aún los mismos cuidados de la prosperidad y de la gloria; la confianza ocupa el lugar de la autoridad paterna, la amistad se aumenta cada dia con el uso de la confianza, y el *SERENISIMO DELFIN* mas es ya Colega del Imperio, que heredero de la Corona.

¿Qué faltaba ya á tanta felicidad mas que asegurar la sucesion en la Casa Real, y dar, con un augusto matrimonio, Príncipes á la Francia, y nuevos apoyos al trono? Una casa que siempre habia sido aliada de la Corona nos presentó una Princesa fecunda y prudente; pero todavía no nos daba bastante la Babiera, y nos preparaba mayores dones. Dos Príncipes de esta Nacion se criaban entre nosotros, (1) pero ya ha llegado el tiempo, ¡oh Dios mio! de que los restituyais á sus pueblos, que los están pidiendo, y puede ser que el llevarlos por estos caminos de opresion y de trabajos, sea para guiarlos á otros mas altos destinos.

¿Quáles fueron nuestros cánticos de alegría al ver nacer de este sagrado matrimonio al Príncipe á quien hoy admiramos? (2) Pronosticabamos para lo sucesivo, veíamos desde lexos una juventud santa, una religion ilustrada, un corazon lleno de amor á Dios y á los pueblos, un extraordinario talento para las empresas arduas; la piedad de un David, la sabiduría, y elevacion de un Salomón, la clemencia, y benignidad de un Josías: veíamos grandes luces y virtudes: felicidad es, Señores, tributarle estos respetos en un Templo (3) tan augusto y antiguo, eterno monumento de la piedad de San Luis, en donde él nos está acordando tan perfectamente todos los dias su historia y sus exemplos.

¡Qué

(1) Los Electores de Babiera, y Colonia, que se habian retirado á Francia. (2) El Duque de Borgoña.

(3) La santa Capilla de París.

¿Qué dón este para la Francia! Pero aún no se habian agotado los dones de Dios; continúa la felicidad en la Casa Real: El *SERENISIMO SEÑOR DELFIN* es Padre de otros dos (1) Príncipes; y aquí se nos manifiestan aún mayores sucesos.

La España, envidiosa siempre de nuestra gloria, y que en otro tiempo habia querido darnos Soberanos, viene á buscar al suyo entre nosotros: las ideas de los hombres se desvanecen, los designios de Dios se cumplen, Castilla se hace patrimonio de un hijo de Francia, cesan los antiguos zelos, se unen las dos Naciones, semejantes á dos famosos rivales, que despues de haber peleado uno contra otro mucho tiempo, sin omitir diligencia alguna para arruinarse, se valen de las mismas pruebas de valor que mutuamente han experimentado, como de un lazo de estimacion y amistad que los une entre sí, y emplean las mismas armas de que antes se habian valido para herirse, en su comun defensa.

¿Pero qué es lo que veo? El infierno se desata, se acaba el tiempo de la paz, vuelven los dias desgraciados; la felicidad de la Francia arma á todos los pueblos contra ella: Las dos Coronas reunidas en una misma Casa derraman la discordia y el furor en toda Europa, y los Reyes vecinos, atemorizados con las maravillas que el Señor acaba de obrar en favor de Israel, se dicen unos á otros, como en otro tiempo los Reyes de Canaán: Este pueblo vá á aniquilar todos los pueblos, y á tragarse todos los países de al rededor: *Delebit hic populus omnes, qui in nostris finibus commorantur.* (a) No reparan en que nuestra entrada es pacífica, y que no queremos mas que tomar posesion de la tierra que el Señor prometió á nuestros Padres. Entretanto se enciende una guerra cruel, las Naciones

(1) Los Duques de Anjou, y de Berry.

(a) Num. 12. v. 4.

nes conjuradas caen sobre nosotros, parece que Dios abandona á su pueblo, parece que se olvida de que la union de las dos Monarquías es obra suya; si nuestras empresas hubieran sido felices las hubieramos atribuido á nuestro poder; pero el Señor nos aflige para ser él solo nuestro escudo y nuestra victoria; nunca prevalecerán los intereses y las pasiones humanas contra los designios de Dios; la sangre de la Reyna Blanca de Castilla permanecerá siempre sobre el trono; nunca faltará el Cetro de la Casa de Judá; Dios que es quien hace los Reyes sabrá protegerlos; acaso la soberbia de que estaban acompañadas nuestras prosperidades le habian apartado de nosotros, y es necesario que nuestras desgracias nos le vuelvan á traer.

Pero ya llega el dia; Dios sale de la nube en que se habia ocultado, ya empieza á manifestarse á nosotros, las felicidades corresponden á la justicia de nuestra causa, Aragon nos venga del Bravante, muere el Gefe de la liga. (1) Pero no cantemos canticos de alegría sobre su sepulcro, quando estamos llorando una pérdida semejante; el luto de nuestros enemigos no debe ser para nosotros dia festivo y victorioso; la religion no permite que nos alegremos de la muerte de un Soberano fiel; aunque la Francia se libra de un enemigo, la Iglesia siempre pierde un Cesar; nosotros solamente debemos desear mayores felicidades para los pueblos, y pedir antes la paz que la victoria.

¡Oh Dón del Altísimo, y hija del cielo, dignaos de baxar á la tierra! ¡Ojalá los dos Príncipes que acaba de perder la Iglesia, reunidos en el seno de Dios, y habiendo dexado con los despojos de la mortalidad los opuestos intereses que los animaban en la tierra, os alcancen para sus pueblos! ¡Ojalá sean en la presencia de Dios Ministros y negociadores de una paz que hasta ahora no han

(1) Muerte del Emperador Josef, sucedida al mismo tiempo que la del Delfin.

podido proporcionar los hombres! ¡Ojalá se concluya el tratado en los tabernáculos eternos, en presencia de los Angeles tutelares de las dos Naciones, y que éstos le traygan á la tierra! ¡Ojalá la muerte de estos dos Príncipes, que puso fin á todas sus esperanzas, le ponga tambien á nuestras disensiones é inquietudes, que la divina venganza acepte estas dos ilustres víctimas, que sus sagradas cenizas, mezcladas entre sí, y esparcidas sobre los dos pueblos, sean las señales de su alianza, y que una desgracia que ha sido comun, sea el principio de una comun alegría! Estas súplicas son efecto de mis ansias, pero los deseos no siempre se acomodan á las necesidades de los tiempos; no apresuremos el triste espectáculo de la muerte del Príncipe á quien lloramos, y volvamos á nuestro asunto.

Si pudiera haber felicidad completa en la tierra, ¿qué faltaba á la de un Padre tan amoroso como el Serenísimo Señor Delfin? ¿La amistad del Rey, el amor de los pueblos, las mayores esperanzas del Príncipe su hijo, destinado por las leyes del Reyno, por el orden de su nacimiento, y mucho mas por especial predileccion de Dios, á gobernar la Francia? El otro Príncipe, hijo segundo suyo, colocado en el trono de España, y Dueño de la mas dilatada Monarquía de Europa, asegurada su autoridad contra los esfuerzos de su competidor con un sucesor (1) que acababa de darle Dios á su corona, y con la nunca bastantemente ponderada fidelidad de sus pueblos.

¡Qué feliz era este Príncipe á la vista de los hombres! ¡Pero qué es la felicidad humana á los ojos de la fé! ¡Qué es lo que puede durar! ¡Y cuánta hiél y amargura se halla mezclada aún con su corta duracion! ¿Tienen en este particular los Príncipes algun privilegio distinto del de el pueblo? ¿Les hace acaso felices todo lo que les rodea? ¡Ah! Nada de lo que está fuera de nosotros

(1) Nacimiento del Príncipe de Asturias.

tros nos puede servir de verdadera felicidad; los placeres ocupan el exterior, pero el interior siempre está vacío: al mismo tiempo que parece que todo es felicidad para los grandes, todo suele estarlos sirviendo de molestia; los placeres quanto mas se multiplican mas los cansan; el ser feliz no consiste en no tener que desear, esto no es mas que perder el gusto de este agradable error, y el placer no consiste mas que en el engaño con que se espera y se desea; aún la misma grandeza es un peso que cansa, los disgustos llegan hasta el trono, y se sientan al lado del Soberano, la prosperidad los hace mas amargos, el mundo aunque presenta felicidades no puede hacer felices, los grandes nos manifiestan la felicidad, pero no la poseen; pues cuál es el hombre feliz en la tierra? El que teme al Señor; el Justo que no es de este mundo, el corazón que solamente está unido á Dios, y á el que la muerte solamente quita el estorvo del cuerpo terrestre que le apartaba de su Magestad.

A qualquiera parte que os volvais, dice el Sábio, hallareis que la gloria de los hombres, este ídolo á quien en todos tiempos ha levantado Altares el mundo, no es mas que vanidad.

Tampoco faltó esta gloria al Príncipe á quien lloramos: una tregua deseada de nuestros enemigos por mucho tiempo, acababa de desarmar á toda la Europa. El Rey, no obstante todas sus felicidades, habia preferido el descanso de sus pueblos, á las victorias que siempre son precio de la sangre, y peligro de las almas; quando de lo interior de la Holanda sale un nuevo vaso de la divina indignacion, (1) enviado de Dios para destronar á los mas santos Reyes, y servir de instrumento á sus venganzas sobre los reynos y los pueblos; un Príncipe de una penetracion profunda, hábil en formar ligas, y reunir

(1) *El Príncipe de Orange.*

nir los espíritus, mas feliz en mover las guerras que en pelear, mas temible en el retiro de su Gabinete, que á la frente de los Exercitos; un enemigo á quien el odio que tenia al nombre Francés le habia obligado á idear empresas arduas, y executarlas; uno de aquellos génios que parece han nacido para mover á su arbitrio los pueblos y los Soberanos; un grande hombre si no hubiera querido ser Rey.

Recorrió de incognito todas las Cortes de Alemania; reunió toda la Europa en favor de su usurpacion; nuestro Rey queda solo, defendiendo los Sagrados Derechos de la Dignidad Real, y todos los Soberanos se arman contra él quando defiende la causa de todos los Soberanos; ya nos está amenazando la tempestad, pero el Rey se anticipa á ella; el Serenísimo Delfin marcha ácia el Rhin á la frente de un Exercito triunfante; entonces estaba acostumbrada la Francia á precaver con sus conquistas las medidas y proyectos de sus enemigos; Philisbourgo, baluarte de Alemania, es el premio de los primeros ensayos del hijo de Luis; el Rhin, atemorizado todavia con el famoso paso del Rey, reconoce en el hijo la gloria y el rápido valor del Padre; Manheim, Fran-Kendal, y otras muchas plazas siguen el destino de Philisbourgo; no halla el joven Príncipe obstáculo que le detenga; con su intrepidez mantiene el valor de nuestras tropas acostumbradas á vencer; todo se lo facilita con su agrado y sus liberalidades; no conoce los peligros; todo quiere verlo con sus ojos, y animarlo todo con sus ordenes; y si el valor en los descendientes de Carlo Magno y San Luis fuera asunto para un elogio, me podría servir aqui de él para honrar su memoria.

Bien os acordais todavia de que nuestros felices sucesos hicieron que se manifestase en todas partes la guerra que ya estaba encendida en los corazones: el fuego que estaba oculto se aviva, y se esparce por todas las Provincias; la Flandes era entonces el teatro de nuestra gloria, el Mar-

riscal de Luxembourg nos estaba consolando todos los dias con repetidas victorias, de la pérdida de los Condees, y Turenas; el Serenísimo Delfin acude volando á aquellos Países, el exercito que manda desconcierta con su acelerada marcha los designios de los enemigos; nuestras tropas como las que vió aquel siervo del Profeta, se hallan de repente, y como por encanto, desde Vignamont, sobre las margenes del Esquelda; nuestra presencia acobarda á los Aliados, y aunque con sus ardidescusan la batalla, no por eso quitan al Serenísimo Delfin la gloria de haberla solicitado; y el haber conseguido que el enemigo temiese pelear con nosotros es lo mismo que haberle vencido.

Pero, Señores, dexemos al mundo que alabe sus hazañas, á mí me corresponde el instruiros. En el mundo los sucesos famosos hacen hombres grandes, pero los mayores hombres nada son en el terrible Tribunal, si no tienen otros méritos; á la verdad, no háy otra verdadera gloria mas que aquella que nos acompaña en la presencia de Dios. ¡Ah! ¿Qué son los heroes en la cama de la muerte, si todas sus virtudes se reducen á sus victorias? Su vida está llena de grandes sucesos que se conservarán en las historias, pero vacía de aquellas obras que son las que unicamente se han de escribir en el libro de la vida; es verdad que vivieron para la posteridad, pero vivieron acaso para la eternidad? Llenaron la tierra con la fama de su nombre, pero el Señor no los conoce, *porque solamente conoce á los suyos.* (a) Es verdad que consiguieron victorias, pero Dios solamente cuenta las victorias de la fé, y las que el Justo alcanza contra sí mismo: es verdad que han sido celebrados sus felices sucesos, y su heroyco valor, pero muchas veces estos mismos sucesos han sido delitos, y aún acaso el ser heroes lo han debido sola-

(a) 1. *Timoth.* 2. v. 19.

mente á la injusticia: es verdad, que se les han levantado estatuas, y *soberbios monumentos*, pero éstos no son mas que monumentos de la vanidad, que perecen con ella: Vos, ¡oh Dios mio! los *hareis pedazos en vuestra Ciudad eterna*, y solamente la semejanza con Jesu-Christo crucificado serviria de adorno á los pórticos de la Santa Jerusalén. *In civitate tua, imaginem ipsorum ad nihilum rediges.* (1) En una palabra, es verdad que fueron los hombres del siglo presente, ¿pero lo serán del venidero? La historia de los conquistadores se borrará, pero la historia de los justos, escrita con caracteres inmortales, permanecerá eternamente; las pasiones que suscitan las guerras y forman los heroes serán destruidas con el mundo, pero las virtudes que constituyen á los Santos nunca perecerán.

Busquemos, católicos, la gloria que proviene de Dios: no nos neguemos á la patria, porque la religion no autoriza la pereza, pero tampoco corona mas que las virtudes; peleemos contra los enemigos del estado, pero acordemonos al mismo tiempo de que la fé nos está manifestando unos enemigos aún mas temibles; miremos al mundo con toda su gloria como le hemos de mirar en la hora de la muerte, y como le miro sin duda en este momento el Príncipe, á quien lloramos; reflexionemos sobre ese sepulcro el espanto, el poder, y Magestad de Dios, y la nada de todas las cosas de la tierra, y sirva la muerte de un Príncipe, á quien el nacimiento hizo tan grande, y su afabilidad tan amable, despues de haber corregido el error de nuestros juicios, de confundir tambien la vanidad de nuestras esperanzas.

(1) *Psalm.* 72. v. 20.